



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5, 6 Y 7 DE MARZO DE 2012

## AMOR Y VIOLENCIA EN EL ESPACIO AFECTIVO

Toajas Roger, M<sup>a</sup> Victoria  
Catedrática de Lengua castellana y Literatura  
I. E. S. Cardenal Herrera Oria  
[vtoajas@hotmail.com](mailto:vtoajas@hotmail.com)

### RESUMEN:

Análisis y reflexión sobre conceptos y conductas que conforman nuestro imaginario amoroso, transmitido históricamente a través de modelos literarios y consolidado más tarde por el cine y la televisión, poniendo estos en relación con la violencia presente en las relaciones amorosas heterosexuales. Se abordan solo las relaciones entre hombres y mujeres en el ámbito de la cultura europea, porque son estos los modelos que nos ha transmitido nuestra herencia cultural y literaria y, por tanto, los que han configurado los estereotipos amorosos que construyen nuestro espacio afectivo, también porque la constante y dramática relación entre amor y violencia se manifiesta mayoritariamente en la violencia de género en nuestro ámbito.

### PALABRAS CLAVE:

Imaginación patriarcal, literatura, estereotipos, espacio afectivo, amor, sexualidad, violencia.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo ha nacido de la observación y de la reflexión. Soy profesora de Literatura desde hace más de treinta años, así que podríamos decir que me gano la vida tratando de entender a apasionados amantes y a valerosos héroes, tratando de descifrar qué hay detrás de terribles tragedias y de incomprensibles finales felices. Reflexionando, en suma, sobre los modelos que han configurado la educación sentimental de todos nosotros y de todas nosotras. Además, tengo la obligación de hacérselo entender a jóvenes entre los catorce y los dieciocho años, jóvenes cuyos comportamientos observo cada día desde hace treinta y cinco años, jóvenes con quienes comparto inquietudes e ilusiones. A través de ellas no es difícil intuir sus valores, sus expectativas de futuro, sus prejuicios –en el sentido literal– sobre la vida y sobre el amor, que en muchos casos se confunden a esa edad. Pero también soy feminista, lo soy desde antes de conocer la palabra, seguramente desde el momento en que, usando terminología de la época, tuve “uso de razón”, a lo que supongo que contribuyó la lucidez de mi madre, a quien hoy aquí quiero recordar. Ello ha significado muchas horas de lectura y muchas más de reflexión que, unidas a las dedicadas a la literatura, han contribuido al análisis que propongo en esta comunicación: analizar los estereotipos, las ideas previas sobre las relaciones amorosas, que, configuradas por arquetipos de nuestra tradición literaria y consolidadas en nuestro tiempo por el cine y la televisión, siguen absolutamente vigentes y tejen el *espacio afectivo* en el que sigue habitando la mayoría de nuestros jóvenes, intentaré también mostrar cómo ese espacio afectivo es el lugar donde se gesta la violencia de género con toda impunidad.

Nos hacemos la misma pregunta cada vez que muere una mujer: ¿por qué no es posible parar esta violencia?, ¿por qué no parecen ser eficaces planes de protección, talleres de prevención en los centros escolares, cambios legislativos, etc.? Creo que una de las respuestas está en que la violencia subyace en la raíz de nuestro código amoroso, en el modo mismo en que concebimos las relaciones y la vida familiar, cohabita con nosotros en nuestras casas, en nuestras camas y, podríamos decir metafóricamente que en nuestros “corazones” es decir, en nuestros cerebros. Es alimentada por los actuales “conformadores” de nuestra educación sentimental: videojuegos, series de televisión, novelas de grandes lanzamientos, películas, etc. Y todo ello está dentro de nuestras casas, cohabitan con nosotros en la intimidad de las mesas de estudio, en las cocinas, salones y dormitorios y nos acompaña a los bares, a las discotecas o a las vacaciones. Es muy difícil que leyes, cursos de formación, voces en el desierto de los docentes, declaraciones políticas sean invitados a espacios tan íntimos, por ello la batalla es tan desigual y los resultados tan lentos.

Es necesario, por tanto, comprender que nuestro imaginario amoroso es heredero de la sociedad patriarcal, es *su* imaginario. Las mujeres con mucho dolor, mucho esfuerzo y mucho coraje hemos conquistado espacios de libertad en el trabajo, en las costumbres y en la vida familiar, pero ni las mujeres ni los hombres hemos modificado en la misma proporción nuestros



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

*espacios afectivos*. Ahí está el peligro y también el reto de futuro, la tarea por hacer. Esta tarea tampoco será fácil, nunca lo ha sido y está en las manos de los hombres y las mujeres jóvenes.

Muchas investigaciones y trabajos actuales desde el Feminismo están haciendo interesantes aportaciones, quiero mencionar como ejemplo el trabajo recientemente publicado, de la filósofa Ana Hardisson <sup>251</sup>. Yo con esta comunicación trato de aportar mi modesto análisis que, como dije al comenzar esta introducción, nace de la observación como profesora, desde la reflexión feminista y desde la lectura y el análisis literario.

## LAS TRAMPAS DEL AMOR

Las relaciones sociales nos definen, nos permiten reconocernos en el grupo, saber quiénes somos. Amor, sexo y familia son elementos esenciales de estas relaciones, siempre lo han sido, la literatura así lo ha reflejado desde la antigüedad, si bien es idea más reciente la creencia de que los tres han de converger, han de reunirse necesariamente en un solo individuo y en una relación que, además, ha de ser duradera –“hasta que la muerte os separe”-. La tradición literaria nos ha dejado testimonios de grandes amantes en las canciones del amor cortés, por ejemplo, en las que el deseo sublimado o no tan sublimado nos permite indagar en esta emoción tratada con mucha libertad, sin tapujos y, por cierto, a veces por trovadoras o textos en los que el enunciador es femenino, aunque estas apenas figuren en las ediciones más habituales<sup>252</sup>.

Por otra parte, son muchos también los testimonios literarios medievales en los que -las más de las veces con tintes humorísticos- se nos hablan del matrimonio desde una perspectiva podríamos llamar institucional, con poca o ninguna relación con el amor y, desde luego, como infrecuente y natural fuente de insatisfacción sexual tanto para los hombres como para las mujeres. Es a partir del Renacimiento cuando las cosas empiezan a cambiar y, como sostiene la profesora Hardisson, es el Romanticismo el movimiento que consolida, reafirma y convierte en ideal el imaginario amoroso patriarcal y al amor romántico en una *emoción peligrosa*, mediante la “la mitificación de lo femenino y la mistificación del amor considerado como una religión.”<sup>253</sup>

En efecto, el amor y el sexo ocupan una gran parte de las conversaciones privadas no solo entre adolescentes, también entre adultos en comercios, oficinas, universidades y, por supuesto, es monotema en programas de la llamada “telebasura”, en una gran parte de las películas y en algunos de los “best Sellers” de los más leídos entre el público joven (pensemos, por ejemplo, en

---

<sup>251</sup> Hardisson Rumeu, Ana (2011): *Hacia una crítica de la imaginación patriarcal*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.

<sup>252</sup> Martín Echarri, Miguel y Toajas Roger, M<sup>a</sup> Victoria (2008): “El deseo y la palabra II” en *Cuadernos del Ateneo* nº 26, págs. 113-140.

<sup>253</sup> *Ibidem*, pág. 31.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5, 6 Y 7 DE MARZO DE 2012

la terrorífica *Crepúsculo*, terrorífica y no por la presencia de vampiros). Como siempre, podríamos contestarnos, “esto ha sido siempre así” sería una de esas *ideas previas* que damos por buenas sin más y de las que nos queremos ocupar en este trabajo. La tradición literaria nos enseña que la mayoría de las grandes obras de nuestra tradición literaria no expresan como inquietud principal el amor: el inexorable paso del tiempo y, tal vez, la posibilidad de vencer a la muerte, la búsqueda desmedida del poder, el dilema moral entre el deber y el deseo, la necesidad de reparar la injusticia, la necesidad de la aventura y el descubrimiento, la envidia y los celos, la reparación del honor perdido o la venganza son pasiones humanas que mueven a los héroes de nuestros modelos literarios, pensemos en Hamlet, Fausto, D. Quijote, el Cid, Macbeth y un largo etcétera. Así es, nos han hecho *imaginar* que el amor y el sexo son la fuente de nuestra felicidad o infelicidad, cuando la vida cotidiana se empeña en demostrarnos otra cosa, pero además no reflexionamos apenas sobre otras pasiones que inevitablemente y con gran fuerza mueven nuestra voluntad, nuestros impulsos y nuestras acciones.

Prestemos especial atención a las tres últimas pasiones que hemos enumerado: la humillación y la vergüenza que acompañan a quien siente que ha sido *deshonrado*, el rencor y el odio siempre fieles compañeros de la envidia y de los celos y la ira y la rabia desatadas por el deseo de venganza. Creo que pueden explicar con bastante precisión los móviles de un maltratador. Que son pasiones que, una vez desatadas, conducen inexorablemente a la tragedia está fuera de toda duda y que es la violencia el brazo ejecutor de esta tragedia tampoco lo está, aún más si la violencia está normalizada en los modelos literarios que construyen el *imaginario* colectivo. Creo que no reflexionamos suficientemente sobre la dimensión trágica que subyace en las muertes por violencia de género, sí lo hacemos en sus dramáticas consecuencias para la víctima y para sus hijos o familiares, pero sobre la dimensión trágica en el sentido clásico que desde una perspectiva simbólica representan. En muchos casos el asesino se quita la vida o lo intenta y en la mayoría de ellos es apresado por la policía con bastante rapidez. Esto quiere decir que el sujeto que ejecuta la venganza –creemos que es la palabra que debe emplearse- lo hace movido por razones mucho más poderosas que la racional conciencia de que además de quitar la vida a la mujer destruirá o arruinará la suya propia. Resulta imposible creer que todos son sujetos enajenados o especialmente malvados; en la mayoría de los casos se confirma su conducta racional y normalizada en otros aspectos de la vida.

Creemos que este es uno de los grandes problemas por abordar y, si fuera posible, resolver en nuestro mundo actual: las doctrinas, las declaraciones de derechos, las leyes que nos rigen están inspiradas por la razón ilustrada, una razón patriarcal, que Celia Amorós<sup>254</sup> brillantemente ha estudiado y que, desvelada y revisada por la teoría feminista, ha podido ser superada y acercarnos a la igualdad en muchos aspectos de la vida social. Sin embargo, este camino no ha sido recorrido por el *imaginario* colectivo en lo que tiene que ver con el amor y el sexo. La valiente senda iniciada por las feministas de la *segunda ola* con obras como la recientemente

---

<sup>254</sup> Amorós, Celia (1985): *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, , Anthopos, Barcelona.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

reeditada *Política sexual*<sup>255</sup> nos enseñó a muchas mujeres a estar alertas y a revisar con atención nuestras relaciones sexuales y amorosas para descubrir en ellas la trampa escondida tras lo supuestamente *natural* y los juegos de poder y dominación que nos atrapaban en ellas. El alto precio personal de esta ardua y solitaria batalla –ha de librarse de forma individual, contra parejas a las que amas y en la intimidad de cocinas y alcobas- además del conservador y reaccionario frenazo que ya en los años 80 e, indudablemente, en los 90 se ha dado en la cultura occidental en lo económico, en lo político y, desde luego, en algunos aspectos del feminismo (recomiendo la lectura de Susan C. Faludi<sup>256</sup>), han impedido que el *espacio afectivo* en el que habitamos sea tan igualitario como el *espacio social* en el que nos desenvolvemos. Este abismo entre las supuesta igualdad defendida por las leyes, las voces públicas y algunas costumbres modificadas, junto con la falsa creencia inducida por los medios y los modelos literarios de que lo único verdaderamente importante de nuestras vidas es de quién creemos estar enamoradas o enamorados y con quien nos acostamos, y no la salud, nuestros trabajo, nuestros padres o nuestros hijos, nuestros amigos, nuestra capacidad de transformación de nosotros mismos y de lo que nos rodea, etc., unido todo ello a la arraigada pervivencia de estereotipos en la concepción de las relaciones amorosas explican, creemos, una gran parte de la violencia que se manifiestan en ellas. La muerte de mujeres a manos de sus parejas es la manifestación más extrema y dramática, pero no la única, como bien sabemos.

Nos proponemos a continuación repasar algunos de estos estereotipos y el modo en que son concebidos y aceptados por una gran parte de la población, adultos y jóvenes, como si se trataran de verdades universales y como algo *natural* y *consustancial* a lo *masculino* y lo *femenino*. Es decir, como algo imposible de cambiar. Espeluzna pensar en la cantidad de veces que sobre estos asuntos y algunos otros oigo decir a mis alumnos que “las cosas son así, siempre han sido así y siempre lo serán”. Por el contrario, modificar estos estereotipos es la única posibilidad que tenemos de avanzar en igualdad y hacer desaparecer la violencia de las relaciones amorosas, fuera de singulares casos de trastorno o enajenación.

## ALGUNOS ESTEREOTIPOS

Encuestas recientes confirman lo que los profesionales de la docencia sabemos por nuestra convivencia diaria con jóvenes: sus gustos y sus expectativas respecto a los modelos de hombre/mujer ideal y respecto a sus relaciones reproducen modelos tradicionales avalados por las convenciones que los medios, el cine y la literatura corroboran. A continuación estudiaremos algunos de estos estereotipos y alguna *ideas previas* que son comúnmente aceptadas no solo

---

<sup>255</sup> Millett, Kate (2010): *Política sexual*, Cátedra, Madrid.

<sup>256</sup> Faludi Susan C.(1993): *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, Anagrama, Barcelona.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5, 6 Y 7 DE MARZO DE 2012

por jóvenes sino por una mayoría de la población de manera más o menos burda o refinada según su grado de formación. Resultan muy difíciles de combatir, además, porque son aceptadas como verdades incuestionables supuestamente ratificadas por vagas referencias a la naturaleza y/o a la historia.

## *Vigor físico y agresividad*

El modelo masculino de belleza sigue siendo para la mayoría de las mujeres el hombre vigoroso con fuertes músculos, capaz de efectuar hazañas en la que deba ser empleada la fuerza bruta. De ahí que los gimnasios se hayan convertido en uno de los negocios más prósperos en todos los barrios. Es verdad que ello tiene que ver también con la importancia de llevar una vida saludable, pero las salas de musculación están llenas y los torsos poderosos de deportistas de élite son admirados y comentados constantemente. Esto no sería tan preocupante si no fuera acompañado por el convencimiento de que la fuerza bruta, la violencia es el modo en que deben ser resueltos los conflictos. Los chicos admiten que es lo que tienen que hacer y las chicas admiran que lo hagan, a veces a costa de indeseables consecuencias y sufrimientos para unas y para otros. La agresividad de los novios es contemplada por las jóvenes con temor y admiración y les hace sentirse "protegidas" por ellos. La exhibición de la fuerza y el valor del caballero está en toda los modelos de la literatura épica y han sido consolidados después por un sinfín de héroes cinematográficos. Antes de bajar al campo de batalla en Valencia Rodrigo Díaz de Vivar, nuestro Cid Campeador, hace subir a Jimena a la torre para que lo vea pelear y así sepa "comme se gana el pan"<sup>257</sup>, dice el juglar; ella lo contempla asustada y a él le infunde valor saberse contemplado.

Esta escena cambiando vestidos y escenario la hemos leído y contemplado muchas veces, la tenemos incorporada a nuestro imaginario colectivo, nos parece natural y nos produce regocijo. Bien, también nos producen interés y admiración formas de vida del pasado y, por ello, no renunciamos a las comodidades y adelantos del presente. Es necesaria una mirada crítica hacia eso estereotipos, que nacieron de una sociedad en la que la fuerza bruta era necesaria para la supervivencia y hay que recordar que esa sociedad estaba regida por los principios del patriarcado. Hay que decir muy alto y muy claro que las historias épicas acaban con el triunfo de los héroes, los personajes alcanzan el amor y la prosperidad y el relato termina. La heroína no tiene que convivir cotidianamente con el hombre duro y agresivo que recurre a la violencia a las primeras de cambio, pero las mujeres sí. Si además aspiramos a convivir con ellos desde la igualdad y el respeto mutuo, la contradicción está servida. Es difícil imaginar que un novio agresivo, aficionado a emplear la fuerza física con cualquiera en clase, en la calle o en una discoteca, se convertirá en un marido apacible, respetuoso y comprensivo en la vida cotidiana. Hace años dije a mis alumnos algo que algunos todavía recuerdan: "los finales felices son tramposos no por ser felices sino por ser finales".

---

<sup>257</sup> Anónimo (1976): *Cantar del Cid*, Espasa Calpe, Madrid.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

## *Sexualidad*

Repasemos algunas convenciones que siguen siendo aceptadas todavía como verdades relativas al sexualidad y que siguen siendo objeto de bromas, viñetas, chistes, películas, series de televisión, etc. Es verdad que los prototipos estéticamente han ganado en modernidad, ya no son maduros, rijoso él y exuberante ella, sino chicos y chicas que pasan de los treinta y con cierto estilo "neoyorquino". Es cierto también que las relaciones sexuales son tratadas con mayor libertad y vividas con mucha más alegría, de algo tuvo que servir la revolución sexual de los 60 y los 70, aunque si las arremetidas de los obispos siguen con la fuerza y la beligerancia de los últimos tiempos, ni esto está garantizado para el futuro.

La sexualidad del hombre es primaria, su impulso sexual es irrefrenable y su deseo sexual es constante e indiscriminado. La sexualidad de la mujer es misteriosa, controlada y controlable, por lo que es más que una fuente de placer, es un instrumento para seducir y manejar al varón. El falo tiene además, al parecer, propiedades terapéuticas, tiene la capacidad de resolver o aminorar determinadas alteraciones físicas o de carácter en las mujeres; parece también que estas propiedades las tiene cualquier órgano sexual masculino, independientemente de su tamaño, sus características o del cerebro del sujeto portador del mismo. La vagina no tiene estas propiedades, es oscuridad misteriosa e insondable, susceptible de encerrar incertidumbres y peligros siempre al servicio del cerebro, probablemente frío y calculador de su portadora. Creencias remotas no exentas de belleza explican simbólicamente estas ideas: símbolos como la lanza o la flecha (obsérvese que son metáforas bélicas que recrean la forma física del órgano sexual) y la caverna o la gruta (símbolos relacionados con el abrigo y la protección del vientre materno) han sido frecuentemente empleados por las literaturas antiguas, estableciendo una estrecha vinculación con la función reproductora de los órganos sexuales y con los roles desempeñados por hombres y mujeres, él apto para la lucha y portador de la semilla de la reproducción y ella apta para la protección y el cuidado de las crías.

Más allá de la belleza de estas metáforas y de su relación con funciones biológicas, debemos analizar las consecuencias reales que estos estereotipos sexuales tienen en la vida de hombres y mujeres. Hablemos en primer lugar de este impulso irrefrenable que se adjudica a los varones que, alejados ya de las sociedades míticas y de sus creencias, por metonimia más que por metáfora, parece confundir la reacción física del pene en estado de erección con la sexualidad masculina; en cuanto a la imposibilidad de controlarlo y al permanente estado de deseo da la impresión de que se asigna, también por metonimia, a todos los hombres la situación temporal en la que se hayan los varones púberes en los momentos del despertar de su sexualidad. Quien les habla no necesita hacer esta consulta, pero bastaría con que las mujeres jóvenes preguntasen a sus madre y abuelas dónde fue a parar ese permanente estado de excitación de sus padres y abuelos tras unos meses de convivencia. Muchos hombres, jóvenes y no tan jóvenes, sufren y se angustian por la presión del entorno, por la necesidad de responder a este estereotipo, a este modelo de sexualidad en el que no se reconocen.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5, 6 Y 7 DE MARZO DE 2012

Por lo que se refiere a la supuestamente caprichosa e incomprensible sexualidad femenina, hemos de decir que también ha conducido al dolor y a la infelicidad a muchas mujeres. En nuestra tradición judeocristiana por haber sido negada y, por tanto, sentida y vivida con culpabilidad y, en general, por impulsar a muchas mujeres a usar sus “armas” para conseguir objetivos que nada tienen que ver con el gozo sexual y que contaminan las relaciones hasta producir nefastas consecuencias. Resulta muy curioso y sorprendente que en la consideración patriarcal se identifique la razón con el hombre y el instinto con la mujer, menos en lo relativo a la sexualidad; en este punto la mujer no es *instintiva* sino fría y racional, mientras el hombre que es todo razón, que toma decisiones racionales y dirige los destinos del mundo, es *instintivo y primario*. Algo no encaja en este reparto, pero estos son los roles que fueron confirmados por el pensamiento ilustrado, ratificados por el Romanticismo, que además elevó el instinto y a su sacerdotisa, la mujer, a la categoría de mito y siguen plenamente vigentes en el pensamiento común actualmente.

Antes de terminar este apartado, hemos de prestar especial atención a la infidelidad. Hemos de hacerlo porque está en el origen de muchos conflictos entre las parejas, conflictos que desencadenan rupturas difíciles y episodios de violencia. La doble moral que se ha aplicado históricamente a la infidelidad del hombre y de la mujer tiene mucho que ver con lo expuesto anteriormente. En el hombre está justificada, porque las características de su sexualidad le impiden controlar sus impulsos, siempre que encuentre una posibilidad en su camino. La mujer, por el contrario, puede controlar y manejar su sexualidad, así que *debe* hacerlo; si no lo hace, es culpable y comete una infamia contra su pareja. Al hombre no puede exigirse esta responsabilidad, en todo caso, habrá que pedir cuentas a la mujer que lo ha “tentado”. Los ejemplos en la literatura, en las letras de canciones (pensemos, por ejemplo, en las historias que se cuentan en las *coplas* españolas) son elocuentes. En cualquier infidelidad hay siempre una mujer culpable: la que lo ha sido o la que ha provocado que el hombre lo sea.

Este es uno de los aspectos en los que se refleja con mayor nitidez el abismo que mencionábamos en la introducción; las leyes se han modificado en los países occidentales hasta la igualdad, la *razón patriarcal* ha sido corregida en parte por ellas, pero en la consideración popular siguen vigentes estos valores, el *imaginación patriarcal* sigue entre nosotros. Preguntemos cuántas infidelidades masculinas son perdonadas, comprendidas, asumidas por mujeres y cuántas infidelidades femeninas son fuente de violentos conflictos y tormentosas rupturas en las parejas que conocemos. Como tendremos ocasión de analizar más adelante, muchos hombres siguen considerando infieles a sus parejas cuando inician otras relaciones, una vez que la suya ya se roto, y esta consideración es una de las causas de sus agresiones hacia sus antiguas parejas.





# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

## *Propiedad y custodia*

Si nos detenemos a observar cómo tienen lugar los ritos de seducción y la formación de las parejas en nuestro mundo actual, podemos deducir que muchos de los estereotipos siguen instalados entre nosotros. Es verdad que los acercamientos se producen con mayor libertad y en ambas direcciones cuando se trata de aventuras y escauceos de fin de semana sin mayor trascendencia, pero cuando se trata del enamoramiento y de la constitución de una pareja, parece que sigue siendo el hombre quien debe dar el primer paso, quien debe poner en juego sus estrategias de "asedio" (hagamos un homenaje a los viejos caballeros del amor cortés) y, según vemos en series modernísimas por lo demás, comprar un anillo y pedir matrimonio. Esta es una de estas cosas que mis alumnas y alumnos señalan como "lo que debe ser". Digamos, pues, que se encarga al hombre la tarea de ser el "hacedor" de la pareja y subsiguiente propietario de la misma, en este punto podríamos recordar la saturación de posesivos que sufren las letras de muchas canciones de la música popular.

Una vez constituida la relación, sin embargo, la custodia de la misma, la encargada del "mantenimiento" parece ser la mujer. Además de asumir de forma manifiestamente desigual las tareas domésticas y el cuidado de los hijos, es comúnmente aceptado que es tarea de la mujer mantener "viva la llama" del amor y del deseo en la pareja. Y ello no solo significa cuidarse, mantenerse joven y guapa para conjurar cualquier peligro que pueda acechar al hombre -no olvidemos que él no podrá controlarse- sino también estar atenta a cualquier desavenencia o cualquier fricción y buscar fórmulas para reconducir la situación. Cuando hay problemas en el seno de las parejas son las mujeres las que inician las conversaciones encaminadas a resolverlos. Parece inevitable la referencia en este punto a la impresionante escena en la que Nora poco antes de abandonar su casa dice "Siéntate, Torvaldo, tenemos que hablar"<sup>258</sup> Cuántas veces y cuántas mujeres se ven en la necesidad, en la obligación, de decir esto a sus parejas y cuántos *Torvaldos* responden como si no se hubieran dado cuenta de la insatisfacción o el sufrimiento en el que viven sus parejas y, lo que es peor, ellos mismos.

La costosa obligación de asumir esta tarea no es, sin embargo, el peor de los problemas cuando una pareja se ve abocada a la ruptura. Desde el enfoque que estamos analizando, cuando una pareja se rompe, es la mujer la que *habla* en un porcentaje muy alto de los casos, la que asume el papel de formalizar la ruptura. El hombre, entonces, siente de un modo muy profundo que se le arrebató algo que le pertenece y cree firmemente que la mujer ha incumplido su deber, no ha sido capaz de mantenerla. Por ello, suele cargar contra ella toda su ira, su rabia y su impotencia. La mujer también siente que ha fracasado, que no ha estado a la altura de las circunstancias, y siente en la mayoría de los casos todo el peso de la culpabilidad. Este patrón se repite en muchísimos casos, salvo cuando la pareja se rompe por infidelidad de la mujer, en cuyo caso los demonios se desatan igualmente por todo lo expuesto más arriba respecto a este tema. Por ello, las reacciones emocionales de hombres y mujeres ante el fracaso sentimental se manifiestan de forma diferente. En el caso de los hombres son la cólera y la rabia las que dominan y ello

<sup>258</sup> Ibsen, Henrik (1985): *Casa de muñecas*, Espasa Calpe, Madrid.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

provoca agresividad o necesidad de evasión mediante desahogos como el consumo de alcohol o la práctica del juego. En las mujeres el sentimiento de culpa y de fracaso personal suele conducir a la depresión o a la hipocondría, apareciendo múltiples trastornos de origen psicosomático. Analizaremos en el último apartado algunas razones por las que las relaciones se suelen prolongar mucho más de lo conveniente hasta viciarse de tal manera que las rupturas son extremadamente dolorosas, provocan grandes distorsiones en la necesaria racionalidad para resolver los problemas, lo que afecta gravemente a los hijos, si los hay, y en algunos casos termina con violencia.

## *La prolongada agonía*

Es natural querer defender el amor y aferrarse a las relaciones que nos han hecho felices. Más allá de la lógica de estos sentimientos, hay una conciencia clara en los expertos en rupturas sentimentales de que la mayoría de las parejas se separan mucho tiempo después de que la relación se haya terminado y que estas largas y penosas agonías producen mucho dolor y sufrimiento. ¿Qué es lo que nos induce a esto? Durante siglos en nuestra cultura ha sido muy poderosa la influencia de la Iglesia; los preceptos religiosos y la condición sacramental de la institución matrimonial en el caso del Cristianismo conllevan la obligatoriedad de mantener el vínculo hasta que “la muerte separe” a los cónyuges, como indicaba el rito. Sin embargo, no es esta la causa o al menos es la única; de hecho, muchos matrimonios históricamente han vivido separados, compartiendo o no el mismo techo, aunque no se pudiera formalizar su divorcio por impedimento de las leyes o por prejuicios sociales. Como decíamos en la primera parte de este trabajo, estas circunstancias han sido contempladas con mayor naturalidad en tiempos pretéritos, pongamos como ejemplo a nuestro más insigne escritor D. Miguel de Cervantes, que contrajo matrimonio por conveniencia económica con toda probabilidad, y vivió temporadas muy largas de su vida separado de su mujer.

Después de normalizadas las leyes que regulan el divorcio, el hecho sigue produciéndose, aunque con frecuencia la razón aducida son los hijos. Y es verdad que la estabilidad económica de estos o la necesidad de ayuda para su cuidado puede condicionar mucho las decisiones de las parejas. Pero también es cierto que hay otras razones, otros prejuicios que en nuestra opinión influyen. Como señalábamos más arriba, el hombre suele interpretar como un fracaso y, lo que es peor, como una humillación que sus parejas los dejen. No debemos olvidar aquí lo dicho sobre quién suele tomar la iniciativa en las decisiones finales de ruptura, independientemente de cuáles sean las causas de esta. La tendencia a prolongar esta que hemos llamado agonía analizada desde las emociones, dejando a un lado los deseos de proteger a los hijos o los problemas económicos, se da del mismo modo en las mujeres, pero en ellas creemos que la raíz hay que buscarla en el miedo, el miedo a la soledad y el miedo al fracaso, si inician otra relación). A pesar del camino recorrido, sigue instalada en nuestra sociedad la conciencia de que hay muchas cosas que nos están vedadas a las mujeres solas, la sensación de desprotección o de limitación que aún sienten muchas mujeres es grande. Este temor se da menos en los varones, de hecho suelen encontrar pronto una nueva pareja (tal vez,



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5, 6 Y 7 DE MARZO DE 2012

porque no temen al fracaso al no asumirlo como propio). Es verdad que hay muchas más mujeres solas que hombres, pero ello no significa que el miedo a ella no esté fuertemente arraigado en las mujeres como *idea previa*. Baste observar como ejemplo la casi ausencia de personajes femeninos solitarios frente a los personajes masculinos. Las protagonistas de las novelas y las mujeres reales rara vez inician aventuras o viajes en solitario, si viajan solas es con un objetivo que se encuentra en el destino (una visita familiar, un trabajo, etc.), rara vez lo hacen por el placer de hacerlo, si es en soledad.

## *Humillación y venganza*

Volvamos, para terminar, a la imagen de la humillación pública. En este punto debemos recordar la doble consideración del honor que tan brillantemente ha recogido nuestra tradición literaria: el honor como conducta moral individual del sujeto y el honor como consideración pública que del sujeto tiene su comunidad. Los depositarios de esta consideración pública de la honra han sido históricamente los hombres, guardianes también de la honra familiar. Nuestro teatro del siglo de oro ha dejado magníficos títulos en los que encontramos desde conductas cargadas de dignidad y grandeza como la de Pedro Crespo en *El alcalde de Zalamea*<sup>259</sup> hasta la enfermiza y aberrante de Gutierre, el protagonista de *El médico de su honra*<sup>260</sup>, también de Calderón de la Barca. Este hombre ante la sospecha de que su mujer le haya sido infiel, es más, sabiendo que no lo ha sido, aunque ha podido tener la tentación de serlo, decide matarla, pero en el colmo del delirio piensa que si lo hace sería como reconocer públicamente su falta, así que opta por matarla de manera que parezca una muerte natural; de este modo, "cumple con su deber" de castigarla y protege el honor de ambos.

No estamos ahí desde luego, pero somos herederos de esa tradición y a los hombres les preocupa mucho la opinión de amigos y parientes no tanto sobre su conducta moral como sobre sus fracasos y las posibles humillaciones ocasionadas por sus relaciones con las mujeres. La herencia cultural impulsa hacia la necesidad de reparar, de desahogar el dolor y la frustración mediante la venganza. No queremos decir, desde luego que este impulso no sé dé también en las mujeres, que buscan también recursos para ello, pero es mucho menos frecuente que recurran a la violencia. La "ejemplaridad" pública del "castigo" compensa lo que es vivido como humillación pública, aunque se trate de una vivencia doméstica e íntima. El concepto de propiedad permanente al que nos referíamos más arriba y que ha sido ampliamente estudiado es elemento agravante ("si no es para mí, no es para nadie"), formando parte del imaginario amoroso tanto si los sujetos son creyentes como si no lo son. Hay que pensar, por otra parte, que los hombres tienen pocas posibilidades de ser consolados, sus dificultades para comunicar a otros sus sinsabores, sus temores y sus debilidades son muchas, tal vez por lo que hemos

---

<sup>259</sup> Calderón de la Barca, Pedro (1989): *El alcalde de Zalamea*, Cátedra, Madrid.

<sup>260</sup> Calderón de la Barca, Pedro (2011): *El médico de su honra*, Castalia, Madrid.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5, 6 Y 7 DE MARZO DE 2012

comentado más arriba. Las mujeres hemos desarrollado históricamente un código para las confidencias y para el consuelo mutuo, recordemos las “canciones de confidencia” medievales que se encuentran en todas las literaturas europeas, en la nuestra están presentes desde las jarchas hasta canciones del folclore tradicional todavía presentes en muchas zonas de España. Los hombres no, pueden sí desahogar su rabia, compartiendo quizá con sus amigos manifestaciones verbales de agresividad contra sus parejas, pero creemos que viven en una peligrosa soledad en la mayoría de los casos su dolor y su frustración. Ello no hace sino favorecer la acumulación de rencor y la expresión de este mediante la violencia.

## CONCLUSIONES

Hemos analizado hasta aquí algunas de las conceptos y conductas más presentes en los modelos de relaciones amorosas que han venido siendo transmitidos primero por la tradición literaria oral y escrita y después por el cine y la televisión. Y creemos que siguen siendo mayoritariamente aceptados como *naturales* no solo por hombres y mujeres mayores sino también por jóvenes y que con ellos se relacionan dos nefastas consecuencias: en primer lugar, el número de casos de violencia de género cuya solución no es encontrada ni por las reformas legales, ni por las fuerzas de seguridad, ni por los programas educativos y, en segundo lugar, las dificultades enormes para avanzar en el camino de la verdadera igualdad.

Debemos hacernos conscientes de que no son solo las leyes las que nos han conducido a los espacios de libertad que disfrutamos aún con todas sus limitaciones, sino la batalla personal e íntima de todas y cada una de nosotras y de todos y cada uno de nosotros para superar aquellos aspectos de nuestra herencia cultural que lastran nuestro camino hacia esa igualdad. Esa batalla es tan o más dura que la otra, porque hemos de hacerla en el ámbito de nuestro espacio afectivo, ese que se da en la intimidad nuestras casas y de nuestras conciencias, en un espacio que consideramos privado y personal sin darnos cuenta de que formamos parte de un imaginario que es también colectivo y que consideramos como *naturales* y propios comportamientos heredados. Nos dice Amelia Valcárcel en el prólogo del libro de la profesora Hardisson al que ya nos hemos referido: *“La imaginación juega un papel primordial en nuestro sistema de conocimiento. El lenguaje cuenta con ella. Si descarnáramos cualquier discurso hasta volverlo pura lógica, peor aún, estenografía, se nos haría imposible comprenderlo. Sin los deslices borrosos del significado el lenguaje no funciona. Ahí la imaginación hace su trabajo. Cuando oímos, vemos; y a veces cuando vemos oímos. La imaginación es la gran mediadora.*

*De ahí que la imaginación, pese a tener esa fama, no sea subjetiva. Imaginamos parecidamente. Imaginamos históricamente. Y a eso que tenemos en común lo llamamos precisamente “imaginario”. Es una buena colección de conocimientos, caminos, recuerdos y prejuicios.”<sup>261</sup>*

---

<sup>261</sup> Íbidem, págs. 11 y 12.



# I Congreso Internacional de Comunicación y Género

SEVILLA, 5,6 Y 7 DE MARZO DE 2012

Un *imaginario*, el de las relaciones amorosas, que puede y debe ser revisado y transformado, si realmente queremos encontrar un lenguaje nuevo e igualitario para amarnos. Una tarea difícil pero apasionante que los hombre y las mujeres del futuro tendréis que continuar.

## BIBLIOGRAFÍA

Anónimo (1976): *Cantar del Cid*, Espasa Calpe, Madrid.

Amorós, Celia (1985): *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Anthopos, Barcelona.

Calderón de la Barca, Pedro (1989): *El alcalde de Zalamea*, Cátedra, Madrid.

Calderón de la Barca, Pedro (2011): *El médico de su honra*, Castalia, Madrid.

Faludi Susan C.(1993): *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, Anagrama, Barcelona.

Hardisson Rumeu, Ana (2011): *Hacia una crítica de la imaginación patriarcal*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.

Ibsen, Henrik (1985): *Casa de muñecas*, Espasa Calpe, Madrid.

Martín Echarri, Miguel y Toajas Roger, M<sup>a</sup> Victoria (2008): "El deseo y la palabra II" en *Cuadernos del Ateneo* nº 26.

Millett, Kate (2010): *Política sexual*, Cátedra, Madrid.